

Es ya un elemento característico del *Zeitgeist*, del espíritu de nuestro tiempo, suponer que existe un conflicto entre ciencia y fe. Es muy frecuente encontrarse con la idea de que la ciencia contemporánea ha convertido en obsoleta la fe en Dios. Es un pensamiento que en muchas ocasiones viene dado en la gente por defecto: se supone que lo obvio es pensar que no hay sitio para Dios dada la ciencia. O se supone que el creyente debe mostrar, ante la presunta evidencia en contra, cómo la compatibilidad entre ciencia y fe sería posible. El excelente libro de Soler se opone a este modo común de pensar. Y lo hace con rigor, claridad y elegancia, tomando en serio a los oponentes (y no ridiculizándolos sin más), llevando al lector de la mano por un apasionante camino en el que trata de justificar la tesis básica de su libro, que él mismo resume así: “no sólo no creo que exista ninguna incompatibilidad entre la ciencia y la fe en Dios, sino que considero que los datos acerca de la realidad natural que nos aportan las ciencias actuales encajan de un modo muy notable con las viejas y venerables doctrinas teológicas sobre el mundo y sobre el hombre” (p. 16).

El primer paso en su camino será notar la diferencia entre la ciencia y la interpretación materialista de la misma. En efecto, una cosa son los métodos científicos y los conocimientos que nos permiten adquirir sobre el mundo natural y otra es la interpretación materialista (o naturalista) que hacen de ellos algunos pensadores. En principio, podríamos pensar, la interpretación materialista de la ciencia y sus resultados es tan legítima como otra cualquiera (como la teísta, por ejemplo). Pero Soler intenta mostrar que actualmente no es así, pues la interpretación materialista (y aquí viene la que podemos llamar segunda gran tesis del libro) es en nuestro tiempo realmente una mitología. Y lo es porque siendo una lectura particular y no poco defectuosa de la ciencia intenta hacerse pasar por un contenido de la ciencia misma.

El desenmascaramiento de la interpretación materialista de la ciencia y su refutación (como una mala interpretación de la misma) es, por así decir, la *pars destruens* del libro. Pero Soler además ofrece una parte constructiva, que consiste en mostrar que es posible una interpretación teísta de la ciencia, cómo es posible, y que además es una buena interpretación. Teísmo, entonces, es la alternativa al materialismo. No es de extrañar que materialismo y teísmo se hayan convertido en las dos grandes interpretaciones del mundo, dado que la experiencia humana viene caracterizada por los dos ámbitos de lo mental-personal (al que pertenecen la experiencia del mundo interior y las relaciones interpersonales) y de lo material-corporal (al que pertenece nuestra experiencia de las cosas y del propio cuerpo). A la hora de preguntarnos por el fundamento de lo existente, por la realidad primera, los humanos hemos echado mano de los conceptos empleados en estos dos ámbitos. Así, el materialista supone que la manera de entender mejor la realidad es la que utilizamos cuando hablamos de realidades inertes: la materia es la realidad primera de la que deriva todo lo demás. El teísmo, por el contrario, supone que son los conceptos que empleamos para hablar de lo mental los que mejor nos ayudan a comprender el fundamento del ser. Parece claro que no es baladí cuál de las dos opciones se elija, siendo esta una cuestión de gran importancia, no solamente para el mundo de la cultura, sino para la vida cotidiana de las personas y su manera de enfrentarse a las cosas que realmente nos importan en la vida. No se trata, por lo tanto, de una cuestión filosófica o teológica sin relación con las preocupaciones del ser humano, pues, como bien dice Soler, “la batalla por la divinidad y la batalla por la humanidad se libran juntas” (p. 27).

Freud, en un texto citado hasta la saciedad pero escasamente discutido (y asumido en el fondo con cierta fe ciega), hablaba de las tres grandes mortificaciones que la ciencia habría infringido a la cándida autoestima de los hombres. Son bien conocidos los golpes de consecuencias presuntamente irreparables, pues van además asociados a sus autores: Copérnico, que mostró que la Tierra lejos de ser el centro del universo era un lugar insignificante en un sistema cósmico de proporciones inimaginables; Darwin y Wallace, que mostraron mediante la ciencia biológica que la pretensión de un puesto especial para el ser humano en la creación era ilegítima y falsa; y por fin, el propio autor de la trilogía del desastre, Freud, quien habría mostrado que el yo no es dueño y señor de su propia casa.

Esta triple estocada al orgullo humano –cosmológica, biológica y psicológica– es la que Soler toma como hilo conductor para su exposición. Así, el primer capítulo aborda los temas relacionados con la teoría de la evolución (se comienza por aquí alterando el orden freudiano y temporal, ya que habitualmente es en la teoría de la evolución en la que más se apoyan los detractores del teísmo y los defensores del materialismo contemporáneo). Trata en el segundo capítulo las cuestiones relativas a la mente, el cerebro y la libertad. El tercer capítulo se dedica a las cuestiones cosmológicas. En todos ellos el contenido pretende más o menos lo mismo. Primero, diferenciar los descubrimientos hechos por la ciencia en estos ámbitos de su interpretación materialista. Segundo, mostrar los problemas de la interpretación materialista. Y tercero, mostrar cómo es posible una interpretación teísta y que, además, es mejor interpretación que la materialista. Un capítulo cuarto se dedica a unas interesantes reflexiones finales sobre la influencia del materialismo, causante (al menos en parte) del declive cultural y moral fácil de detectar en nuestra sociedad contemporánea (en la que el materialismo ateo es el rey). “Es cuestión de vida o muerte –dice Soler– el mostrar la distinción entre los resultados científicos y la lectura materialista de los mismos. Porque realmente son distintos. Más aún, es absolutamente preciso poner de manifiesto que los conocimientos acerca del mundo que hemos adquirido por medio de la ciencia pueden ser interpretados con naturalidad en clave teísta. Porque esa vía interpretativa está realmente abierta, y porque sólo en el caso de que lleguemos a adquirir una clara conciencia de ello estaremos en condiciones de desandar los pasos que nos han conducido al callejón sin salida en el que nos encontramos actualmente. [...] Es un asunto que compromete la propia vida, nadie puede optar por una alternativa que considera falsa de entrada” (p. 317).

Las cuestiones tratadas por Soler son candentes y en muchos sentidos no está dicha la última palabra sobre ellas. Pero tampoco es esa la intención del autor. Su intención es ayudar a la reflexión, para que cada uno se haga su propia composición de lugar en base a razones. El libro es una excelente herramienta para conocer lo último sobre los temas tratados, para encontrarse con una exposición clara sobre qué piensa cada quién y cuáles son las razones que lo avalan o las críticas que se esgrimen en su contra. Una gran aportación, sin duda, a un tema sobre el que además en castellano existen pocas publicaciones (curiosamente suelen traducirse solamente los libros que defienden o popularizan la visión materialista, pero no los de los críticos de esa visión o los proponentes de la alternativa teísta). Un texto interesantísimo y de lectura agradable, imprescindible para quienes quieran reflexionar sobre estas cuestiones.